



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La travesía del *Ganma*

Autor: Santana, Adalberto

Forma sugerida de citar: Santana, A. (1991). La travesía del *Ganma*. *Cuadernos Americanos*, 1(25), 87-102.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 25, (enero-febrero de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA TRAVESÍA DEL GRANMA

Por Adalberto SANTANA
CCYDEL, UNAM

HABÍAN SIDO siete días de marcha a través del Golfo de México y el Mar Caribe. Casi sin alimentos viajaban los 82 expedicionarios, y casi todos ellos marcados por la falta de costumbre de navegación. Al filo de la madrugada del 25 de noviembre de 1956, cuando el reloj marcaba alrededor de la 1:30 hrs., habían partido de la pequeña ciudad de Tuxpan. El yate se encontraba fondeado frente a ella, en la margen opuesta del río, lugar que se conocía como Santiago de las Peñas. Cuando la embarcación echó a andar sus motores, lo hizo con las luces apagadas; la nave se separó del espigón y puso la proa rumbo río abajo, en dirección al puerto costero. A bordo todos los ocupantes guardaban el mayor sigilo. Desde la tarde del día anterior no había dejado de llover. El puerto se encontraba cerrado a todo tipo de navegación a causa del mal tiempo. El yate navegó tranquilamente por el estuario del río Tuxpan durante media hora, tiempo que duró su recorrido desde el fondero hasta la costa. A la entrada del puerto, el faro que la resguardaba fue un silencioso testigo de la partida, así como de la lucha de aquella embarcación contra el intenso viento y la resaca. Aquella lucha parecía presagiar los combates que tiempo después los integrantes del Ejército Rebelde librarían en la Sierra Maestra contra la tiranía batistiana.

Cuando las aguas del golfo comenzaron a dejar sentir su fuerte embate contra la nave, ésta pareció ceder. El yate con su peligroso vaivén y bajo un cielo negro y una molesta llovizna invernal, provocó mareos y fuertes náuseas en sus ocupantes. Sobre aquellas aguas picadas por el mal tiempo, se divisaba un bulto enorme, que se tambaleaba de un lado al otro. Era el *Granma*.

Uno de aquellos expedicionarios —Faustino Pérez— describiría años más tarde el momento y la sensación de la partida:

Partimos lentamente con un solo motor. A todos consumía una intensa y silenciosa emoción. Por un momento contuve la respiración, pues temía que algún ruido pudiera abortar la empresa. Tardamos media hora en dejar el río y poco después, entramos en el Golfo de México. Veía perderse con nostalgia a Tuxpan entre débiles luces; todos sentíamos que el silencio de la partida no era necesario y como si estuviera convenido, se escuchó al unísono:

“¡Al combate corred bayameses, que la patria os contempla orgullosa...!”

¡Nunca me lució tan bello el Himno Nacional!

El viento soplaba inclemente y las olas violentas estremecían el casco del ‘Granma’. Pero se disipó la alegría en la niebla espesa, entre vómitos, fatigas y mareos. Apenas adelantaba la embarcación, presa de un ‘norte’ incontenible: sufríamos un lamentable imprevisto.

En aquellos momentos, quien era Jefe de Sanidad de los expedicionarios que ocupaban el *Granma* se dio a la tarea de la búsqueda frenética de los antihistamínicos contra el mareo, cuestión que parecía inútil. El aspecto que presentaba el barco después de los cinco minutos que duró la algarabía, al entonarse el himno nacional cubano y la marcha del Movimiento 26 de Julio, mostraba una situación ridículamente trágica:

...hombres con la angustia reflejada en el rostro, —escribiría años después el Che Guevara en *Pasajes de la guerra revolucionaria*— agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito. Salvo dos o tres marinos y cuatro o cinco personas más, el resto de los ochenta y tres tripulantes se marearon. Pero al cuarto o quinto día el panorama general se alivió un poco.

Los preparativos

El propósito de la expedición del *Granma* había sido definido en el mes de agosto de ese año. En México se reunieron Frank País, máximo organizador del Movimiento 26 de Julio en la clandestinidad en Cuba, y Fidel Castro, Comandante en jefe de la columna expedicionaria, que para aquel entonces residía como exiliado. Ambos dirigentes llegaron al planteamiento de desencadenar la lucha contra la tiranía de Fulgencio Batista. El plan general consistía en secundar la llegada de los expedicionarios con levantamientos y acciones armadas en toda la isla, particularmente en Oriente. Una

vez generadas tales condiciones, las fuerzas comprometidas en el proyecto pugnarían por organizar y hacer estallar la huelga general. De esta forma el régimen militar batistiano se vería asediado por una amplia serie de acciones y no podría desarrollar toda su capacidad para repeler el desembarco. Con ello, los expedicionarios tendrían la facilidad de cumplir su primer objetivo: remontarse a la Sierra Maestra.

Dos meses después, en octubre, Frank País retornó a México. En esta ocasión le planteó a Fidel que los preparativos en Cuba eran aún deficientes, y que por lo tanto él consideraba que debía posponerse el proyecto expedicionario hasta principios de 1957. Finalmente, Fidel logró convencer a País de que, a pesar de las condiciones existentes, era imprescindible llevar a cabo las acciones del inicio de la lucha en ese año. Convencido Frank País de la necesidad de acelerar los preparativos, regresa a Cuba a aprontar las mejores condiciones.

Con su postura, Fidel no hacía más que reafirmar sus ideas, las que ya estaban muy bien definidas desde su salida al exilio. En una carta fechada en La Habana el 7 de julio de 1955 y dirigida a prominentes líderes políticos escépticos respecto de su postura, Fidel les escribirá para decirles: "como martiano pienso que ha llegado la hora de tomar derechos y no pedirlos, de arrancarlos en vez de mendigarlos". Apunta más adelante: "De viajes como éste no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies".

Los preparativos que en México se hicieron para la expedición del *Granma* continuaron después de una ardua labor y de la apremiante resolución de las diversas dificultades que se afrontaron. La primera vez que Fidel Castro pisó tierras mexicanas en el mes de julio de 1955, llegó como exiliado en calidad de turista a la ciudad de Mérida; de allí se trasladó al puerto de Veracruz y de este punto a la ciudad de México. Aquí ya lo esperaban su hermano Raúl, Calixto García y varios compañeros más. En los días previos a su partida de Cuba, los integrantes de la dirección del movimiento revolucionario cubano tomaron la decisión de dar un nombre a la organización, que llevó como nombre la histórica fecha del asalto al cuartel Moncada: Movimiento Revolucionario 26 de Julio (M-26-VII).

En la imprenta perteneciente a Arsacio Vanegas Arroyo, allí donde varias décadas antes se imprimieron diversos materiales de la gesta revolucionaria mexicana de 1910, el M-26-VII editó su primer ma-

nifiesto siguiendo con la tradición. Entre uno de los diversos puntos que éste señalaba, se decía:

El 26 de Julio se integra sin odios contra nadie. No es un partido político sino un movimiento revolucionario; sus filas estarán abiertas para todos los cubanos que sinceramente deseen restablecer en Cuba la democracia política e implantar la justicia social.

Los miembros de esta organización encabezada por Fidel, consideraban que sólo por la vía armada sería posible el derrocamiento de la dictadura y con ello llevar a cabo sus propósitos políticos y sociales. En virtud de ello, el M-26-VII veía que la articulación del exilio con el proceso revolucionario cubano tenía como forma de expresión la expedición del *Granma*.

Este proyecto, avalado en el ideario martiano por los revolucionarios cubanos, era para Fidel Castro en la participación de combatientes no cubanos algo semejante a lo que José Martí propone a Máximo Gómez, cuando en su carta del 13 de septiembre de 1892 invita a éste a encabezar la lucha militar: "hoy no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitude probable de los hombres". Hecho similar ocurre cuando el propio Fidel invita al futuro expedicionario Ernesto Guevara de la Serna a sumarse a la gesta revolucionaria cubana. El Che lo relata en su carta de despedida, cuando decide hacer formal renuncia de los cargos de ministro, comandante, dirigente de la revolución y de su condición de cubano para llevar a cabo lo que él considera el reclamo de otras tierras de mundo para entregar sus modestos esfuerzos. Escribe el Che:

Fidel: Me recuerdo en esta hora de muchas cosas de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte, y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Con ese sentimiento internacionalista, en la lista de los 82 expedicionarios, figuraban cuatro extranjeros: un argentino (Ernesto Guevara), un dominicano (Ramón Mejías), un mexicano (Guillén Zelaya) y un italiano (Gino Donne). Este hecho hacía recordar con

más fuerza el sentimiento bolivariano y martiano de la gesta revolucionaria del *Granma*. Así también en los preparativos de la expedición, se contó con la participación del ex coronel republicano español Alberto Bayo Giraud, quien fue el encargado de asesorar a los futuros combatientes en actividades teóricas sobre táctica guerrillera y otros temas militares. El mexicano Arsacio Vanegas —quien practicaba la lucha libre, era propietario de la imprenta donde se reprodujeron diversos documentos del M-26-VII y se destacaba como un gran colaborador— fue el responsable de organizar las actividades de entrenamiento y preparación física. Como ellos había además un buen número de colaboradores que también contribuyeron con su esfuerzo para hacer posible la expedición.

Desde el exilio la lucha continuaba

LA preparación práctica de la misión del *Granma* duró cerca de un año. Durante la marcha se presentaron serios problemas. Sobre la realización del proyecto había necesidades apremiantes. Por un lado seleccionar a los hombres que llevarían a cargo la misión, y por el otro recaudar fondos para la realización de la misma. Desde el primer momento de la llegada de Fidel Castro a México, éste dedicó todos sus esfuerzos a las tareas que requería la expedición.

El M-26-VII fue seleccionando y enviando hacia México a nuevos combatientes, que se sumaban a los exiliados para llevar adelante la expedición. Éstos llegaban de la propia Cuba así como de algunos países del área centroamericana y de los Estados Unidos. Uno de aquellos hombres, Juan Almeida, llegado de Cuba, en una entrevista sobre su participación —aparecida en *Cuba: el libro de los doce*,— relata en uno de los pasajes:

Después vinieron los días que nos soltaron, que nos dieron la amnistía; otra vez el hambre, otra vez la miseria, otra vez las crisis, otra vez las inconsecuencias. Ya Fidel se había ido, entonces dijo que poco a poco se fueran yendo los compañeros para allá.

Entonces, a través de Yeyé y de Melba, Yeyé que trabajaba en la Auditoría de José Manuel Gutiérrez, pues me prepararon el pasaporte, y el 17 de febrero salí en el vapor *Ándrea*, para allá; llegué a Veracruz y de Veracruz cogí el tren hacia Ciudad México.

Allí, la alegría de ver a los viejos compañeros combatientes, ¿tú sabes lo que es eso, en tierra ajena encontrarse con cubanos también, con cubanos a los que uno les ligaba afecto y sentimiento? Empezamos las

prácticas de tiro, comprendiendo que cada bala que tirábamos en aquel entonces era el sudor y sangre de los compañeros que estaban aquí en Cuba, que se sacrificaban en mandarnos a nosotros allá el sustento a través de los bonos y las colectas aquellas, ¿te acuerdas? Entonces, estábamos conscientes de que teníamos que ser precisos en el tiro, que teníamos que ser correctos en los ejercicios para no prolongar mucho tiempo la palabra que había empeñado Fidel con su pueblo de que seríamos libres, de que seríamos héroes o seríamos mártires, en 1956.

Así fueron llegando un buen número de hombres a México, los que se agregarían a aquellos que ya tenían avanzados algunos preparativos. Del grupo de los 82 que salieron en el *Granma*, la estadística sobre sus características revela que el promedio general de edad era de 27 años. Una cuarta parte de ellos había participado en las acciones de asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de julio de 1953. La mayoría tenía como ocupación la de empleado. Más de la mitad había alcanzado sólo la escolaridad primaria y apenas diez contaban con una preparación universitaria o equivalente.

El exilio en la vida de los militantes revolucionarios ha sido una constante siempre presente en sus anhelos libertarios. Para el exilio latinoamericano, México es y ha sido tradicionalmente la casa imprescindible de los hombres emancipadores de la gran patria latinoamericana. En México han encontrado afecto, comprensión y un gran apoyo solidario hombres de gran talla por su integridad moral y política. La lista es larga y en ella se destacan José Martí, Julio Antonio Mella, Augusto C. Sandino y, por supuesto, Fidel Castro y gran parte de los expedicionarios. Por ello no es casual que de tierras mexicanas haya partido —e iniciado también en gran medida—, la gesta heroica del *Granma*.

Así como Fidel, todos los futuros combatientes del Ejército Rebelde en su lucha contra la dictadura batistiana tomarían como ejemplo las grandes gestas emprendidas por el pueblo mexicano en su historia. Ellas representaban un gran estímulo para fortalecer su conciencia latinoamericana y antiimperialista. El 10 de octubre de 1955, cuando el M-26-VII conmemoraba el aniversario de la guerra que en 1868 iniciara Carlos Manuel de Céspedes, Fidel Castro pronunció ante el monumento a José Martí en la ciudad de México, un emotivo discurso en el que afirmaba:

El que les habla aquí, puede asegurarles que el pueblo cubano se prepara para librar la batalla decisiva, y no son palabras. Algún día vuelve-

remos aquí para hablar de Bolívar, para hablar de Juárez, para hablar de Sucre, para hablar de Hidalgo, de Morelos, de Martí, de Cárdenas, de Madero, de Sandino, de todos los próceres.

Vendremos aquí con un pueblo libre, con un pueblo libre de Cuba en la mano, y les diremos a los exiliados de los demás países: allá también tienen, como en México, una patria donde puedan vivir, una patria donde puedan prepararse para la batalla final.

Quien les habla aquí, quiere aprovechar la oportunidad para expresarles quizás uno de los sentimientos más fervorosos de veneración, de admiración y de respeto..

Nuestra admiración y nuestro respeto por los niños héroes de México. Esos niños héroes cuyo espíritu, como dijera el compañero Juan,* va reencarnando en la juventud mexicana. Es decir, ustedes jóvenes de México, pueden sentirse orgullosos, pueden sentirse convencidos de poseer una de las mayores fortunas espirituales que haya poseído ninguna juventud en el mundo. Este ejemplo extraordinario de los héroes, allí donde cayeron, allí donde están esculpidos para siempre en piedra sus nombres, allí es un lugar donde muchas veces los exiliados cubanos vamos a tomar aliento, vamos a tomar fe, y vamos a inspirarnos en su ejemplo.

Cuantas veces me detengo allí, junto a la torre majestuosa que se alza en lo alto del templo, me parece verlos caer envueltos en la bandera mexicana y subir de nuevo luego, hacia el cielo, para convertirse en estrellas que guían para siempre el decoro y la dignidad del pueblo mexicano. Y yo envidio a los niños héroes de México, porque los admiro también, y creo que los niños héroes pertenecen a México y pertenecen también a América, porque cayeron luchando contra el imperialismo que ha puesto sobre toda la América sus garras.

Y cuando veo aquel monumento de piedra, y cuando veo aquellas columnas que en forma de antorchas se levantan, veo a la madre patria con aquellos niños mártires en sus manos, veo aquellas águilas con el pico mirando hacia el cielo y el pecho erguido en actitud desafiante, porque jamás había visto nada tan imponente que esas águilas mexicanas; cuando veo todo eso, comprendo que aquellos que una vez osaron pisar con sus plantas la tierra mexicana, cuando se detienen frente a todos esos símbolos vivientes de la dignidad del pueblo mexicano, digo que esos que pisotearon y profanaron una vez la tierra azteca, esos tienen que comprender que aquella guerra no fue una guerra perdida sino que fue una guerra ganada para la dignidad de México.

* Juan Juarbes, exiliado político puertorriqueño, se encontraba presente en aquel acto junto a su compatriota Laura Meneses de Albizu Campos y la cubana Eva Jiménez Ruiz —colaboradora del Movimiento—, también exiliadas residentes en México.

Finalmente Fidel agregaba:

Mexicanos y cubanos, reafirmemos la fe, reafirmémosla ahora, cuando la banda de la Secretaría de Defensa que tan brillantemente nos ha inspirado en el día de hoy, entone los himnos cubano y mexicano. Y se hermanen esos versos de nuestro himno que dicen: "Que vivir en cadenas, es vivir en oprobio y afrenta sumidos... Que morir por la patria es vivir"

Y esos versos que dicen: "Mexicanos al grito de guerra, el acero aprestad y el bridón, y retiemble en su centro la tierra, al sonoro rugir del cañón. Y si osare un extraño enemigo, profanar con sus plantas tu suelo, piensa ¡oh! patria querida que el cielo un soldado en cada hijo te dio". Y cuente México también con un hijo en cada cubano.

¡Viva México! ¡Viva Cuba! ¡Viva América!

Así el exilio cubano en México encontraba para la realización de sus proyectos revolucionarios una serie de condiciones históricas fundamentales, para iniciar desde este país la expedición del *Granma*, sin que por ello dejaran de tener problemas, sobre todo en una empresa como esa en la que estaba en juego el derrocamiento de un gobierno como era el de Fulgencio Batista en Cuba.

Dentro de los problemas que el exilio cubano tuvo que afrontar, estaban las propias dificultades de realizar la preparación del operativo, situación que requería un discreto y reservado accionar. Por otro lado, los servicios secretos de la seguridad del régimen batistiano realizaron una serie de diligencias con algunos funcionarios mexicanos, que provocaron la persecución contra los revolucionarios cubanos. Un espacio relevante en esos acontecimientos lo ocupó la Embajada de Cuba en México. Incluso desde ella se planearon atentados que buscaban la eliminación física de Fidel Castro. La noche del 20 de junio de 1955 se lleva a cabo por parte de la policía mexicana la detención de Fidel Castro, Ramiro Valdés y Universo Sánchez, así como la consiguiente detención en días posteriores de otros miembros del M-26-VII y de algunos colaboradores de esa organización. Algunos de los detenidos fueron sometidos a crueles torturas y a diversos vejámenes por parte de la policía. Después de que autoridades judiciales ordenaron la libertad de un buen número de detenidos, incluso en contra de las órdenes dispuestas por la Secretaría de Gobernación, seguían presos Fidel Castro, Ernesto Guevara y Calixto García. Fue sólo a través de la gestión del general Lázaro Cárdenas ante el entonces presidente de México, Adolfo Ruiz Cortines, que se logró la liberación

del principal dirigente del Movimiento. Al poco tiempo de recobrar su libertad, Fidel se entrevistó con el ex presidente Cárdenas.

Para prevenir situaciones semejantes, gran parte de los integrantes del operativo del *Granma* se trasladaron al interior del país. Algunos de los puntos elegidos fueron tanto la ciudad de Jalapa como el puerto de Veracruz; de estas ciudades saldrían más tarde contingentes hacia Tuxpan para embarcarse en la misión.

La adquisición del Granma

UNO de los principales preparativos de la expedición fue la necesidad de conseguir la embarcación que fuera capaz de viajar de las costas de México a las de Cuba. Ésta fue una de las preocupaciones técnicas de Fidel.

En una ocasión, cuando Fidel revisaba a mediados del año de 1956 un catálogo de armas, le llamó la atención una foto que apareció impresa; en ella aparecía una lancha torpedera *PT*. La característica de ella era la de poseer gran velocidad, maniobrabilidad y contar con una artillería de cañones de 40 mm., además de los torpedos, a lo que se sumaba la capacidad de los generadores de humo que les permitía ocultarse en su huida. En fin, este tipo de nave resultaba muy accesible para los propósitos expedicionarios. Fue así como Fidel, en virtud de esas apreciaciones técnicas, se dio a la tarea de localizar una embarcación de esas características. A través de contactos con los comerciantes de material de guerra sobrante en Delaware, Estados Unidos, se estableció la compra de una de ellas. Un problema surgió cuando estaba por concluirse la operación. Para sacar de los Estados Unidos ese tipo de naves era obligatorio obtener un permiso especial de la Secretaría de Defensa en Washington, el que fue negado. De este modo, a poco tiempo de iniciar la expedición el M-26-VII quedó sin la necesaria embarcación.

En el mes de septiembre, cuando Fidel y Antonio del Conde inspeccionaban la zona del río Tuxpan, Fidel observó un yate de recreo que se encontraba en el río. Inquieto por conocer las condiciones del mismo, supo que estaba en venta. La decisión fue rápida. El propietario era el norteamericano Robert B. Erickson. Éste aceptó venderlo bajo la condición de que a su vez le fuera también adquirida una casa de su propiedad, ubicada al margen del río Tuxpan, en el pueblo de Santiago de las Peñas. Los requisitos fueron aceptados, ya que la operación ofrecía excelentes condiciones. Esa

casa sería utilizada hasta el momento de la partida para albergar allí parte de las armas y de la ropa de campaña.

Las características que presentaba el *Granma* (*abuelita* en español), era entre otras las de poder transportar aproximadamente 25 personas, y no las más de 80 que finalmente viajaron. Quien sería uno de los oficiales adscritos al Estado Mayor de la columna expedicionaria, el teniente Jesús Reyes, quedó como encargado de poner al *Granma* en condiciones para realizar la travesía. Quedaba poco tiempo para la partida, los arreglos que se hicieron a la nave fueron de extrema urgencia, de modo que quedó reparada de forma deficiente e insegura. Pero la pequeña embarcación y sus ocupantes salieron de Tuxpan seguros de cambiar el rumbo de la historia.

Algo más que abatir al régimen de Batista

AQUELLA expedición de los revolucionarios del *Granma* no buscaba exclusivamente el derrocamiento del gobierno de Batista; pugna también por aquello que Raúl Castro ya subrayaba con suficiente claridad ante los jueces que lo interrogaron durante el juicio por las acciones del Moncada. En aquella ocasión el dirigente cubano, quien llegó tiempo después a figurar como Comandante del Segundo Frente Oriental "Frank País" durante la lucha guerrillera en la Sierra Maestra, afirmaba: "Lo que nosotros queremos hacer es algo más: es dar la tierra y hacerla producir... Era preciso abatir el régimen para dar principio a la revolución..." Y éste era uno de los propósitos fundamentales de la expedición. Más de un año antes de la partida, cuando Fidel Castro realizaba un recorrido por los Estados Unidos con el objeto de vincular a los emigrantes cubanos al Movimiento 26 de Julio y, a la vez, buscar su colaboración para crear un fondo económico para la organización, el destacado dirigente —durante un acto realizado con dichos fines en el Hotel Palm Garden en Nueva York—, reafirmaba lo expresado por Raúl Castro, al pronunciar las siguientes palabras:

El pueblo cubano desea algo más que un simple cambio de gobierno. Cuba desea ardientemente un cambio radical en todos los terrenos de la vida pública y social. Hay que darle al pueblo algo más que libertad y democracia en términos abstractos.

La misión expedicionaria era para los revolucionarios cubanos —si se vale la expresión—, jugarlo todo a una sola carta. En ella

estaban empeñados todos los esfuerzos y anhelos de un puñado de hombres deseosos de alcanzar el triunfo. Si aquella decisión de hacerse a la mar hubiera fracasado, o quizás si todos esos expedicionarios hubieran sido aniquilados antes de haber tocado tierra, seguro que en aquellos momentos y hasta nuestros días, alguien expresaría: "estaban equivocados", "no habían dejado madurar las condiciones", "era una actitud extremista", etcétera. Pero la historia muchas veces es más irónica de lo que se piensa. La conciencia inquebrantable de aquellos hombres, fue lo que hizo cambiar el rumbo de la historia. La convicción de esos revolucionarios estaba bien marcada. Poco antes de abandonar México, Fidel Castro reafirmaba aquella convicción: "Y si llegamos —dijo— entramos; y si entramos, hemos vencido".

A sólo unos cuantos días de la partida de la expedición ocurrió una desertión de dos hombres que recibían entrenamiento en uno de los campamentos del Movimiento, que se encontraba en un rancho cerca del pueblo de Abasolo en el estado de Tamaulipas. Ello acontecía el 21 de noviembre. Previendo nuevas dificultades que pondrían en alto riesgo el operativo, se hizo inminente la salida de la expedición, sobre todo ante la eventualidad de que los desertores pusieron en peligro la misión.

La hora cero

EN Cuba, las redes clandestinas del Movimiento 26 de Julio esperaban la comunicación de la partida del *Granma*; el aviso implicaba poner a todas las fuerzas de la organización en estado de alerta. Se envió un escueto telegrama, en el que aparecía una frase lacónica: *Obra pedida agotada*.

En la propia isla, la dictadura de Batista rastreaba cualquier indicio de una posible expedición. Desde el 5 de noviembre de 1956, el Estado Mayor del Ejército batistiano procedía a la localización de cualquier embarcación sospechosa. La aviación batistiana realizaba vuelos de reconocimiento por la zona oriental de Cuba. En la cabeza de la dictadura estaba ya latente el miedo a enfrentarse a aquello que sus propias entrañas presagiaban.

La travesía del *Granma*, según los cálculos realizados, duraría cinco días. Para el 30 de noviembre, momento previsto para el desembarco, en Santiago de Cuba estaba planeada una ofensiva insurreccional. Ésta incluía atacar una vez más el Cuartel Moncada y las sedes de la policía nacional y marítima. En el mismo instante

se escucharía por la radio la proclama de Ernst Thälmann, emitida durante la sublevación de Hamburgo. Los ataques con bombas al Moncada serían las señales para que entraran en acción los grupos clandestinos del Movimiento. El responsable del operativo en Santiago era Frank País.

Durante el segundo día de navegación del *Granma* se escuchó a todo lo largo del yate: "¡Agua!..." Faustino Pérez relata:

El barco se tambaleaba impotente; el agua repasaba el piso. Inútil la bomba de achicar, se utilizaban con urgencia los cubos...

Temía el naufragio y alarmado pregunté:

"¿A qué distancia estamos de Yucatán?..."

A poco se destupieron los desagües y renació la tranquilidad momentáneamente. No cesaban, sin embargo, las preocupaciones: cada barco en el horizonte o cada avión en el cielo, volvía a inquietar el ánimo.

Sobre aquel imprevisto el Che decía: "Descubrimos que la vía de agua que tenía el barco no era tal, sino una llave de los servicios sanitarios abierta. Ya habíamos botado todo lo necesario, para aligerar el lastre".

La ruta diseñada para la travesía cubría una extensa vuelta por el sur de Cuba, se bordearía Jamaica, las islas del Gran Caimán y, se preveía el desembarco en un punto cercano al pueblo de Niquero, en el sur de Oriente. El *Granma* avanzaba lentamente. Al filo del mediodía del 30 de noviembre, relata el Che, "oímos por radio la noticia de los motines de Santiago de Cuba que había provocado nuestro gran Frank País, considerando sincronizarlos con el arribo de la expedición". Sobre el yate, el hambre y el sueño pesaban a cada instante. Sólo los expedicionarios se reanimaban cuando el piloto repetía: "¡Vamos proa a Cuba!...". Mostrando una gran preocupación y contrariado, cuenta Faustino Pérez que Fidel Castro le dijo: "¡Quisiera tener la facultad de volar!".

En Santiago, mientras tanto, se había producido una ofensiva insurreccional, que no logró todos los resultados esperados. Los responsables de hacer fuego con morteros sobre el Moncada fueron sorprendidos y arrestados antes de poner en acción sus planes. Las redes urbanas del Movimiento 26 de Julio, aunque desconcertadas por no escuchar las señales para el levantamiento, emprendieron de todas maneras la movilización. Por las calles de Santiago, vestidos de verde oliva y con el brazalete del M-26-VII, los combatientes rebeldes con una inferioridad numérica y material lograban por momentos replegar a las fuerzas armadas de la tiranía. Los comba-

tes duraron cinco horas. La sede de la policía marítima fue ocupada. La prisión de Boniato fue abierta y rescatados los presos políticos. En Guantánamo también ocurrieron aquel día varias acciones. Los trabajadores iniciaron una huelga. En otro punto de Oriente se esperaba el desembarco. La lenta velocidad del yate, el mal tiempo, la sobrecarga y la descompostura de un motor fueron las causas de que el *Granma* no llegara a tiempo. Entre quienes esperaban la llegada de la expedición estaba Celia Sánchez. En una entrevista sobre el curso de aquellos acontecimientos, manifestó:

Teníamos un plan para esperar a Fidel y para ver si se podían entrar armas. Se decidió que Echeverría, que decía que era conocedor de la zona, podía ser el guía por Pilón, el Macho o la Magdalena, que por ahí hubiera sido perfecto el desembarco. De haber entrado ellos por ahí, hubieran podido coger las armas de Pilón, o las de Niquero, y haber tomado camiones, camionetas, etcétera.

Desde el día 29, nosotros teníamos por todos aquellos lugares, camiones, *jeeps* y tanques de gasolina. Había grupos de Manzanillo y de Campechuela; pusimos conocedores de la zona en todos los lugares.

También teníamos contacto con la familia de Crescencio, los Acuña, por si acaso desembarcaban por allá. Teníamos también a Carracedo, que le decían el *Jabao*; al hijo de Crescencio, Ignacio, que después murió en el combate de Jiguaní, que era tirador de caña del Central.

A la gente de Campechuela las mandamos para el monte, para que fueran preparándose. A todas éstas, sin armas, porque sólo teníamos dos M-1.

Cuando el desembarco estábamos en la Sierra. Llegamos la madrugada del día 29 a casa de Crescencio. Nos pasamos todo el día 30 esperando. Cuando nosotros llegamos a casa de Crescencio, le dije: "Crescencio, levántese; Fidel llegó por aquí y usted se tiene que ir con toda la gente suya a esperar a que llegue, sin decirle nada a nadie". Crescencio de lo más apacible, dijo: "Un momento". Fue al cuarto y al rato salió ¡de punta en blanco!: con zapatos bajos, guayabera, lacito y un sombrero de fieltro, como si hubiéramos estado en una fiesta y no en el campo. Y con su revólver a la cintura. En Niquero, Fajardo y su gente se encerraron en una nevera de una fábrica de hielo que, por suerte, no estaba fría.

Aquel levantamiento armado en Santiago de Cuba, si bien no se constituyó en un éxito militar, sí fue por el contrario una victoria política que logró elevar la moral combativa del pueblo y de la juventud cubana. Por las calles santiagueñas resonaron los gritos de: "¡Fidel ya está en Cuba!". Tras cinco horas de intenso comba-

re, las fuerzas revolucionarias comenzaron a replegarse: "Encontré a Fidel conturbado, —relata Faustino Pérez— escuchando el radio, al mediodía del 30 de noviembre: esa era supuestamente la fecha del desembarco. Sabía del estallido revolucionario en Santiago de Cuba y se mostraba preocupado".

Al caer la noche sobre el *Granma*, todos su hombres se encontraban terriblemente inquietos. En Cuba todas las tropas se encontraban acuarteladas. La vigilancia, el cateo y las medidas de seguridad eran permanentes en el accionar de las fuerzas armadas batistianas.

Culmina la travesía

El primero de diciembre el *Granma* ponía la proa en línea recta hacia Cuba. Por la noche de aquel día la Fuerza Aérea del Ejército cubano recibía órdenes de rastrear un yate de 65 pies con bandera mexicana. En la madrugada del 2 de diciembre se buscaba inquietamente el faro de Cabo Cruz. Era una noche negra, de temporal. La tripulación se encontraba demasiado preocupada.

El ex-teniente de la Marina de Guerra, Roque, buscaba afanosamente hacia el Este —continúa con su relato Faustino Pérez—, se veía moverse con prisa y consultar a menudo con Fidel. Por fin, subió al techo del yate y súbitamente se escuchó el impacto seco de su caída al agua.

"¡Hay que salvarlo!" —oí ordenar a Fidel.

Vivimos minutos angustiosos en la penumbra de la madrugada. Todos sentíamos los clamores desesperados de Roque. Nadie le veía. El "Granma" viró en redondo, inútilmente.

Transcurrían los minutos, pero Fidel requirió un esfuerzo más.

A poco se oyó con desfallecimiento:

"¡Aquí... Aquí... Aquí...!"

Y un compañero, vista de águila y linterna en mano, logró localizarlo: ¡Estaba salvado Roque!

Aquella búsqueda duró más de una hora. Los víveres y el agua estaban a punto de acabarse. El combustible del *Granma* se iba a agotar de un momento a otro. La luz del amanecer iluminó la reiniciación de la marcha. Parecía interminable la travesía. En el horizonte, se dibujaba la silueta de lo que parecía tierra firme. Era una zona que defendía a la costa por una maraña de impenetrables manglares e infestada de insectos. Los expedicionarios se adentraron por aquella tupida selva. Se encontraban cerca de la playa

de Las Coloradas. Después de cruzar el pantano, donde se perdieron diversos pertrechos y se lesionaron incluso varios hombres, el joven Ejército Rebelde pisó por fin tierra firme. Los combatientes llegaban extenuados, pero en sus labios se dibujaba la sonrisa del triunfo. Cuando apareció el primer campesino, extrañado y a la vez sorprendido por la presencia insólita de aquellos hombres, el principal dirigente de la expedición se adelantó y poniéndole la mano en el hombro le dijo: "¡Yo soy Fidel Castro... Estos compañeros y yo, venimos a libertar a Cuba...!"

Así concluyó la expedición del *Granma* y así también se inició la lucha guerrillera, la que después de consolidarse en la Sierra Maestra avanzó sobre el llano y estableció por primera vez en nuestra América el poder popular. Las palabras de Fidel Castro se cumplían: "...si llegamos entramos; y si entramos, hemos vencido". La divisa del *Granma* estaba sellada.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Con el propósito de no recargar este artículo, se omitieron las citas bibliográficas al pie de página. La bibliografía consultada en la que se apoyó gran parte de este trabajo es la siguiente:

Thelma Bornot Pubillonos *et. al.*, *De México a la Sierra Maestra*, México, Nuestro Tiempo, 1981; Fidel Castro, *La Revolución Cubana 1953/1962*, México, Ediciones Era, 1976; Fidel Castro *et. al.*, *Todo empezó en El Moncada*, México, Diógenes, 1973; Ernesto Che Guevara, *Escritos y discursos*, t.2, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977; Carlos Franqui, *Cuba: el libro de los doce*, México, Ediciones Era, 1977 (*Serie Popular Era*, 5); Saverio Tuttino, *Breve historia de la revolución cubana*, México, Ediciones Era, 1979 (*Serie Popular Era*, 65).

TRAVESIA DEL YATE "GRANMA" (25 de noviembre - 2 de diciembre de 1956)

